



EL SEÑOR  
**DON PASCUAL GIL HELLIN**  
FARMACÉUTICO

Falleció el día 25 de Octubre de 1928, a los 70 años de edad

R. I. P.

Sus sentidísimos: esposa, doña Carmen Luna Medina; hijos, don Enrique, don Pascual y doña Carmen; hijos políticos, doña Juana Abad Guardiola, doña Josefa García Campoy y don Francisco Medina Banegas (director de HERALDO DEL SEGURA); hermanos, doña Ana María y don Antonio (ausente); nietos, sobrinos y demás parientes:

TIENEN el sentimiento de participar a sus amistades y personas piadosas, tan sensible pérdida y les ruegan lo encomienden a Dios en sus oraciones por lo que les quedarán eternamente agradecidos.

ARCHENA 26 de Octubre de 1928.

## ¿Recuerdas?...

El sol naciente pretendía mirarse en el espejo bruñido de las durmientes aguas, llorando lágrimas encendidas que parecían lluvia de lentejas de carmín; los aludes despeñábanse con fuertes detonaciones por entre las abruptas laderas de montañas remotas, en tanto que el rumor suave de argentada fuente desplegada en abanico de diamantes, orquestaba el paisaje con su rítmica sonata; los trovadores de los árboles se columpiaban en las frágiles ramas de los frondosos álamos que mecía con sus besos la brisa fresca y cariciosa de la hora matutina; un cielo turquesa bañaba de luz purpúrea la diafanidad del momento...

¿Recuerdas?...  
Cara a Febo. Notario mayor del sistema solar y radiosa —¡alabado sea Dios!— cual Venus marmórea herida por celestes claridades, tuvistes el bravo arranque de escribir en presencia de un hombre, sobre la masa maciza de las rocas, con las zarzas agudas del martirio sufrido, la página bellísima de tus vírgenes años de pasión.

Febo, sacudiendo su flamígera cabellera de oro semejante a un incendio de gusanos de luz, dió fe del sublime acto realizado.

El hombre misterioso que, transportado, admirara la historia limpia de tu ánima en pena, creyéndose apto para apagar el clamoreo de la masa impía y gregaria, dibujó con su boca un rictus de tristeza que era una condenación para el mundo, y musitó unas palabras apagadas, no por gélidas menos significativas, que eran para tí una bendición y un consuelo...

Y, frunciendo el ceño, blandió luego la fría hoja de un puñal e hizo serias promesas de lavar en sangre...

Iba a ser aplastada la hidra de la envidia que había intentado sellar las niveas alburas de tus carnes sedeñas con su aguijón venenoso; iba a enmudecer para siempre la lengua viperina que quiso hilvanar en las ruecas del odio la amarga leyenda de una inverosímiles traiciones amorosas, presentándote como autora de repugnantes felonías que nunca serías capaz de realizar; iba...

Y cuando aquel hombre que oyó tus gemidos se disponía a abandonar para vengar tu dolor, una voz providencial pareció venir del cielo... Entonces, abiertos como una rosa tus labios bermejos, otorgaron el perdón...

Mientras, un pastorcillo de continente simpático que presenció la escena desde el aprisco, cantaba amores a una zagala que reposaba en la cumbre de una eminencia próxima; y, entregado al placer de los hemistiquios, rasgaba, de vez en vez las cuerdas de una guitarra.

¿Recuerdas?...

Luis Carrasco Gómez

## CUENTO

### ¿Le compro a usted su marido!

Un día la joven, que era americana, procuró salirle al paso en ocasión que se encontraba solo.

—Buenos días, pobre señor—le dijo con sonrisa compasiva.

—¿Por qué me califica usted de ese modo, señorita?

—Porque advierto cómo le trata su mujer... No es amable con usted... Me parece que la maldad estriba en su bigote... No se debe ser mala con un hombre que tiene los ojos tan dulces...

—Usted supone...

—Si, ojos de buena persona. Es por sus ojos por lo que comparto...

—¿Qué?

—Su tristeza. Si estuviese en su lugar de usted, yo me encargaría de domar a esa fiera. Claro que para ello no me valdría de argumentos

—¿Qué emplearía usted?

—El látigo.

—Pero, señorita.

—Naturalmente. Hablo en americano. Ustedes son franceses. Hay que apelar a otros medios.

—Advierto a usted que no me quejo de mi suerte.

—No se queja usted. La padece. Sin embargo, no podrá impedirme que haga algo en favor de usted.

A mi edad, tengo diez y seis años, se es muy audaz. Ignoro todavía lo que me propongo realizar; pero le advierto que me hallo resuelta a algo.

—Le ruego a usted señorita.

—Después me lo agradecerá. Cuente usted conmigo, y hasta la vista.

Dichas estas enigmáticas palabras, desapareció.

¿Qué pensaba realizar aquella muchacha? Versaint se sentía inquieto. Arrepentido de haberle contestado tan moderadamente. Debió protestar, aunque en el fondo experimentase cierto contento insospechado. Comprendía que si a su mujer le causaban algún disgusto, él lo vería con satisfacción.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, la joven se acercó a la señora de Versaint.

—Desearía—le dijo—tener con usted una entrevista confidencial.

—¿Sobre qué?

—Precisamente ese será el objeto de la conversación, y cuando la celebremos lo sabrá usted.

—Yo no la conozco a usted, señorita.

—Ya le presentaré a usted mis documentos de identidad.

—Venga usted a las diez a mi cuarto, mientras mi marido esté en la playa.

A las diez en punto la joven se presentó en la habitación que en el piso segundo ocupaba la señora de Versaint.

—¿De qué se trata?—preguntó ésta al verla entrar y sin tener la atención de ofrecer un asiento a la visitante.

—Señora, soy muy rica. Mi padre posee en California grandes extensiones de terreno.

—Lo celebro. Mejor para usted.

—He venido con varios amigos. Mi madre habita en Nueva York.

—Todos esos detalles me son indiferentes.

—Espere usted lo que sigue.

—Ya escucho.

—A usted le importa poco su marido, ¿no es cierto?

—¿Qué no me importa mi marido? ¿Qué dice usted?

—He observado que en la mesa no deja usted de tratarlo mal.

—Esa no es una razón.

—Si usted quiere se lo compro. El efecto de estas palabras la hicieron desplomarse sobre el lecho.

—Mi marido no se vende, no se vende—gritó indignada.

—Sin duda, porque nunca le han ofrecido a usted por él un buen precio. ¿Qué le parecen a usted quinientos mil francos?

—¿Quinientos mil francos, por qué?

—Porque se divorcie.

—Yo no quiero divorciarme.

—¡Vamos! Haré un sacrificio. Le ofrezco a usted ochocientos mil. Creo que está bien pagado. Los satisfaré, cuatrocientos mil, el día del casamiento del señor Versaint conmigo.